

JOSE I. GONZALEZ FAUS

Teólogo



Gora eriotza?

DESDE esta Barcelona que estos días reparte lazos azules siento la necesidad de deciros exactamente cuatro cosas. Quizá serán inútiles. Pero yo no voy a salir a la calle en estos días, y esta carta quiere ser mi lazo azul, dirigido a vosotros y no contra vosotros.

1.— Ni derecho.

Tenéis todo el derecho que queráis a desear y a buscar una autodeterminación y hasta una independencia de Euskadi, si os parece que ésa es precisamente la única manera de construir vuestro país. Pero no tenéis absolutamente ningún derecho y ninguna razón para construir un Euskadi de fieras. Y es eso lo que estáis intentando hacer.

No tenéis ese derecho porque un Euskadi de bestias —aunque fuera independiente— sería mucho menos libre, por menos humano, que un Euskadi de personas, aunque éste no fuese independiente. Quiero repetiros lo que ya he contado en otro lugar que me dijo una vez un paisano vuestro: «El mayor mal que podría habernos hecho la dictadura franquista sería, no el habernos quitado la identidad étnica o cultural, sino el habernos quitado la bondad y la identidad humanas. Si Franco consiguió deshumanizarnos, nos hizo mucho más daño que si logró desvasquizarlos».

Hasta aquí vuestro paisano. También a otro vasco le respondió Millán Astray aquello de «¡viva la muerte!», que he intentado poner en euskera para titular esta carta. Si al menos conocierais esa anécdota, no os alegraría tanto la comprobación de que vuestras salvajadas nos causan dolor y nos sacuden: también las fieras asustan al hombre, y ésta es siempre la aparente ventaja inicial de la fuerza arbitraria sobre la humanidad y la razón, o de la insensibilidad sobre los sentimientos. Muchos gemimos con cada una de vuestras atrocidades; pero si un día perdiéramos esta vulnerabilidad sería vuestro mayor triunfo, y estaríamos a la altura de aquellos versos de García Lorca que vosotros habéis erigido en lema para vuestras vidas: «Tienen, por eso no lloran / de plomo las calaveras».

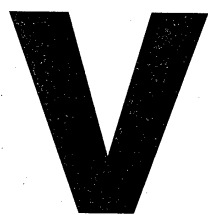
2.— Ni guerra.

Vosotros argumentáis que vuestros actos de barbarie son sólo «efectos lamentables», pero inevitables, puesto que la tradición moral de la humanidad ha reconocido muchas veces la legitimidad de algunas guerras y de alguna lucha armada defensiva.

Se trata, en efecto, de un principio éticamente aceptado. Pero es preciso aclarar que lo que vosotros estáis haciendo no tiene nada que ver con lo que, en esa discusión ética de la humanidad, se ha llamado «guerra» o «lucha armada». La guerra, dentro de su brutalidad, ha tenido siempre una moralidad mínima; a esa moralidad pertenecían factores como el riesgo que se corre en

el combate, la evitación de víctimas inocentes, la declaración oficial, la proporción entre el dolor causado y el que se pretende evitar etc. La misma humanidad que acuñó la expresión de «guerra legítima», reconoció también desde siempre la existencia de «criminales de guerra».

Y ése sería el calificativo más suave que os corresponde. En realidad ni siquiera ése: porque vuestros métodos de muerte ya no tienen nada que ver con los de la posible violencia legítima: vosotros matáis desde la impunidad, desde la ventaja del mando a distancia, por la espalda, sin afrontar la prueba del combate, y a víctimas inocentes que van por la vida con la bandera blanca de su indefensión desarmada. Si en el pasado hubo discusión sobre las posibilidades de una lucha armada legítima, deberíais saber también que hoy, la mayor parte del género humano considera que, desde que entramos en la locura de la tecnología



uestros métodos ya no tienen nada que ver con la violencia legítima: matáis desde la impunidad, sin afrontar la prueba del combate, y a víctimas inocentes

armamentista, ya no puede haber «guerras» en el sentido que daba a esta palabra la ética antigua, sino pura y simplemente atentados o crímenes.

Por eso estáis muy equivocados si pretendéis comparar vuestra presunta «lucha armada» (que de lucha sólo tiene el nombre), con la de otros grupos como han podido ser las guerrillas centroamericanas (y esto, aun prescindiendo de la diferencia abismal en niveles de opresión entre los países centroamericanos y el vuestro).

En todo caso, a lo único que sería comparable vuestra barbarie es a la barbarie de Estados Unidos en el Golfo y, aun así, con desventaja para vosotros. Ese es el espejo en el que debéis miraros.

3.— Ni Euskadi.

Así habéis escrito la página más negra de toda la historia de vuestro país. Si pues os pido que dejéis de matar, ya no es sólo por amor a vuestras víctimas: es por vuestro amor a Euskal Herria, si es que todavía os queda algo de eso. Porque estáis manchando irremediablemente un nombre del que os puedo asegurar que, para muchos de nosotros, fue y sigue siendo un nombre muy entrañable: el nombre de Euskadi.

Gandhi estaba dispuesto a renunciar a la independencia de la India (que era la causa para la que vivió) antes que obtenerla a través de la sangre. Y ésa es hoy la mayor gloria de la India. Aún más que el hecho de ser independiente, que hubiese venido dado por la dinámica misma de la historia. ¿No os dice esto nada?

4.— Humanidad simplemente.

Y no es sólo Gandhi. Desde nuestra pobreza humana, yo me atrevo a presentaros algunas creencias de humanidad que deberían haceros pensar.

—Estas pobres gentes que somos nosotros y de cuyas vidas os consideraréis indiscriminadamente dueños y señores, no queremos caer en la inhumanidad de devolverlos la misma moneda e implantar la venganza que algunos reclaman: por cada uno de vuestros asesinatos matar a uno de vuestros compañeros presos: ojo por ojo y persona por persona. No sé si sería más eficaz, pero espero que no vamos a caer en esa incitación a la bestialidad.

—El padre de una de vuestras últimas víctimas desde sus convicciones cristianas declara públicamente que os perdona y que no pide venganza sino que dejéis de matar.

—El arcipreste de Irún, sin compartir vuestra escala de valores, arriesga una cárcel justificada por ser humanitario con vosotros que no lo merecéis.

—Cataluña se solidariza hoy con Euskadi no en la reivindicación que vosotros esperaríais, sino en la súplica decidida de que dejéis de matar inocentes.

—La liberación de J. Iglesias Zamora no será una derrota vuestra. Palabra. Tampoco será victoria de nadie de nosotros, aunque algún insensato pretenda capitalizarla así. Será simplemente una victoria de la Humanidad que es hoy la región más pisoteada del planeta. Sería un «Viva a la vida», que es la condición previa de todas las libertades.

Todas estas cosas ¿ya no os dicen nada? ¿Habéis llegado a ese grado de insensibilidad sin retorno, a ese «cardiograma plano» que delata la muerte de la hombría, igual que el encefalograma plano delata la muerte del psiquismo? Me cuesta creerlo. Alguno de vuestros compañeros presos ha tenido el valor de decir que no es así. Pero si así fuese, lo sentiría por vosotros aún más que por nosotros.

CONTRA LA CONFUSION

Agujero negro en la izquierda

ANTONIO GARCIA TREVIJANO

LA izquierda española descende de la montaña francesa que puso fin al orden feudal. La libertad separó a la Iglesia del Estado, y al poder político de la propiedad inmueble, para que el pueblo, emancipado de la religión y de la herencia, se pudiera gobernar a sí mismo. Pero la libertad hizo insostenible la herida de la desigualdad. El pueblo gritó «vivan las cadenas». Superada la reacción, la izquierda buscó en la igualdad las oportunidades que la libertad no daba. Dividió su acción política según teorías extranjeras sobre las causas de la desigualdad y la miseria. La izquierda liberal las situó en la ignorancia y centró su débil acción radical en la enseñanza pública. La izquierda libertaria, al encontrar el origen de la miseria en la pérdida del modo de producir artesanal, confió todo a una sentencia de la justicia popular: «la propiedad para quién la trabaja». La izquierda igualitaria, al imputar la causa de la desigualdad a la propiedad privada, propuso organizar la economía colectiva mediante la conquista gradual (socialismo) o de golpe (comunismo) del Estado. Pero ninguna de estas izquierdas tuvo aquí originalidad de acción o pensamiento. Y lo han pagado con el heroísmo sin secuela de la Guerra civil y el oportunismo sin retorno de la Transición.

Para imaginar el porvenir de la izquierda hay que desvelar el error capital de su pasado, la causa de su inanidad política actual. Las frustraciones de la historia parecen indemostrables. Por eso arraiga la idea de que el presente de la izquierda era la única posibilidad encerrada en la situación pasada. Curioso determinismo que sólo admite lo posible cuando, realizado, ha dejado de serlo. Pero el texto de la historia es indecifrabable si no se revisa como a las mantillas de semana santa. No se percibe la filigrana hasta que, con su despliegue, los huecos explican y realzan el sentido de la trama. El despliegue de la izquierda descubre, en el tejido de sus hazañas sociales, un agujero negro que las atrapa en la nada política. Los modales democráticos han invadido el lenguaje y las conductas de la vida cotidiana en la sociedad, mientras siguen invariantes las ideas y hábitos tradicionales de la vida política en el Estado. Ningún pueblo europeo presume así de lo que no tiene. Y nos preguntamos por la razón de esta demagogia. ¿Por qué una cultura socialmente democrática, con predominio de valores igualitarios, no se ha traducido en una democracia política? El pensamiento y la acción de la izquierda, ocupados en batallas sociales que democratizan las costumbres, nunca se preocupó de las reformas institucionales que democratizan el poder.

Esta dolorosa constatación no tiene nada de sorprendente. Las acciones y las ideas que fundaron las cuatro corrientes de la izquierda continental europea nunca pusieron a la democracia en su punto de mira. No lo hizo la izquierda liberal, heredera de la Constitución oligárquica del Directorio, por considerar que el Estado liberal, producto de la reacción, formaba parte del «bloque revolucionario». No lo hizo el anarquismo, por entender que la cuestión no está en mejorar el ejercicio del poder, sino en suprimirlo. Y no lo hizo el socialismo, ni el comunismo. La izquierda actual no quiere recordar que la indiferencia ácrata, respecto a la calidad del poder político, está presente en la teoría y práctica de todos los partidos que traen su causa del marxismo. Marx concibió su teoría social bajo la hipótesis de la disolución del Estado en una sociedad sin clases. ¿Para qué mejorar lo que va a desaparecer? Marx edificó su teoría de la revolución sobre planos levantados por historiadores franceses y padeció el mismo error de la izquierda liberal. ¿Para qué reforzar, con la democracia formal, el arsenal ideológico del Estado burgués? Marx atribuyó al poder político una naturaleza sustantiva, como aparato estatal y no como relación social. ¿Para qué estropear, democratizándola, una maquinaria de intimidación, que la clase obrera necesitaba intacta para revolverla contra la burguesía? Por estos errores de escuela, la izquierda no tiene una teoría del Estado ni una práctica del poder diferente de la tradicional. Este es su agujero negro. Su fuerza de gravedad es tan grande que haga o diga lo que quiera, renegada o no del marxismo, la izquierda en España, respecto al poder, al Estado y a la política, es de derechas, o sea, no democrática.